

MENSAJE EN UNA BOTELLA

Joaquin GeDe

Image not found.

Capítulo 1

MENSAJE EN UNA BOTELLA

Iba a enviar un mensaje en una botella o una botella con un mensaje dentro, el caso es que quería comunicarme con alguien. La cosa estaba difícil: un temporal de levante arremetía con tanta fuerza que me arrojaría la botella a la cara. Tendría que esperar a que el tiempo amaine y eso no se sabe cuánto tiempo sería. Pensé en enviarla por otro medio: facebook o whatsapp, por ejemplo, más práctico y con mayor alcance mediático. Pero me gusta lo tradicional con un viso de romanticismo.

El mensaje dice así: ¿HAY ALGUIEN?

Yo sé, de antemano, que es complicado que haya un "alguien", que encuentre una botella arrastrada por la corriente marina al pasear por la playa. Pero existe la posibilidad. Espero un "Alguien" costero que siempre son más abiertos a recibir que la gente de interior, algo más reservada, más suya, encerrada en sus tareas de interioridades. Pero eso son tópicos. Enviarla en un paquete postal por correo tierra adentro sería otra opción; sin embargo le tengo afición al mar.

Esta mañana no había nadie en casa: Mi mujer en el trabajo; los niños en el colegio; la muchacha de baja; y yo solo, sin nadie con quien hablar. Ni siquiera estaba el perro; seguro que andaba con la perra de mi vecina, babeando, el muy salido. Entonces me pongo con las tareas de la casa: quito el polvo de aquí y lo pongo allá, cambio los sillones mirando al sofá como buscando tertulia. No me gusta que estén frente a la tele. Anoche, todos sentados, solo yo veía la película, los demás con los móviles se comunicaban con el tikitaka de la velocidad del pulgar. Cuando me desperté en el sofá no había nadie en casa. Desayuné solo en la cocina, como siempre. Después paso la aspiradora con Van Morrison a tope, "Brown eyed girl lyric": Aaaah, qué bueno... "Hey guere did gui go/Dei guende reins kein", grito. Uuff, cómo sonaba y todo el mogollón de gente aplaudiendo y cantando, es que me subía por los sillones... menudo concierto. Y al final una ovación interminable, gritos, silbidos, aplausos, chocando unos cuerpos contra otros, jaleando más y más entusiasmada la gente. Me recuerda el concierto en Sondika, al aire libre, soplando su saxo, todos bajo la lluvia, el cabrón del irlandés nos puso a cien. Allí mismo me tiré a una danesa, en pleno concierto. Qué recuerdos, dios. Contra más chillaban más me emocionaba, más rápido aspiraba. Escuché la canción todo el tiempo repitiendo una y otra vez al público enfervorecido. Terminé sudoroso con la camiseta mojada, estaba exhausto con los pezones tiesos recordando a la danesa. En la ducha me masturbé para aplacar mis ansias. Estaba muy alterado. Comprobé en el contestador por si había alguna llamada; tan solo la respuesta femenina que no hay llamadas en el buzón. Después dejé todo recogido y una lavadora puesta. Metí la botella con el mensaje dentro de la cartera y me

fui a comprobar si la marejada se había aplacado. La calle estaba distinta, no había personas hablando en el parque, sin embargo si encontré gente sola sentada en bancos mirándose los pies. Nadie iba acompañado, ninguno reparaba en los otros, los que se paraban, sobre todo mujeres al pasar por un escaparate, se miraban en el reflejo y daban un repaso a su figura. Entré en una cafetería esperando escuchar el bullicio de las conversaciones, el ruido del tintineo de las cucharillas en las tazas y el escape de aire a presión de la máquina de café. Para mi sorpresa el salón era como una nave de iglesia: un silencio envuelto en un halo litúrgico inundaba el local de feligreses con la cerviz estirada inclinados sobre las pantallas de sus móviles. Una tarjeta encima de la mesa indicaba cómo hacer el pedido a través de una aplicación; te servían al instante y pagabas por el teléfono. No tomé nada. No uso teléfono. La gente me miró como un bicho raro. En las oficinas de empleo ya no pasan entrevistas basta con que le mandes por la app "Minuevoempleo" tu curriculum y tus datos más personales, contra más personales más posibilidades... Pero yo no uso.

Así que se me ocurrió dirigirme a la ensenada detrás del espigón del puerto, que siempre está en calma, donde se concentra toda la basura que el mar nos devuelve. Dispuesto a arrojar mi mensaje dentro de la botella descubro un cartel que indica: PROHIBIDO TIRAR BASURA. Ni caso. Allá va: ¿HAY ALGUIEN?